



JOAN MANUEL SERRAT

Tiene 48 años, tres hijos y una treintena de discos. Es un socialista sin carné, en ocasiones bastante crítico, pero siempre leal y amigo de Raimon Obiols. Este verano ha sacado al mercado su último elepé, titulado 'Utopía'. Joan Manuel Serrat lleva 27 años en los escenarios.

El vecino perfecto

ROSA MONTERO

FOTOGRAFÍA: CHEMA CONESA

Todo en Joan Manuel Serrat parece evidente, esto es, en persona es exactamente igual a como lo imaginas, y no sólo en el físico, sino también en su tímida sonrisa de conejo, en la naturalidad, en la bonhomía, en una sencillez que a veces incluso se disfraza de simpleza: en la barra de un bar, con amigos, debe de ser de esos que sueltan chistes burros, y de hecho, una vez cortado el magnetófono, la lengua se le resbala un par de veces hacia la broma gruesa. Si no supiera quién es, diría, por su aspecto y talante, que es un electricista guapo, listo y simpático, uno de esos hombres que son la sal de su barrio, popular entre sus vecinos, amigo y respetado. Un buen chico, el Juanito; y sin duda así es.

Ahora bien, se diría que Serrat tiende a presentarse bajo su personalidad más común y corriente, y que oculta celosamente sus cualidades más extraordinarias, en una suerte de pandería al revés; y ésta debe de ser una construcción de carácter muy antigua, desde el barrio de la niñez, desde la infancia, del chico que quiere ser como todos los demás para ser bien querido. Y así, la voz hablada de Serrat, por ejemplo, resulta de lo más normal, incluso vulgar, y sin embargo esconde la preciosa voz con la que canta. Y tampoco se expresa de manera brillante (quizá influya el hecho de que está hablando conmigo en castellano), sino con titubeantes parrafadas que a menudo son torpes: pero de vez en cuando dice una definición hermosa, pensada con lucidez y construida con elegancia, una frase exacta que parece el verso de una canción y que se oculta entre el fárrago común de su conversación como una perla entre rugosas ostras. De modo que Serrat es, sin duda, lo que parece (el vecino simpático y común), pero además, probablemente lo que no parece: un hombre considerablemente más complejo.

—Lleva usted 27 años de profesión, lo cual es todo un récord. Empezó en 1965 en un programa de radio...

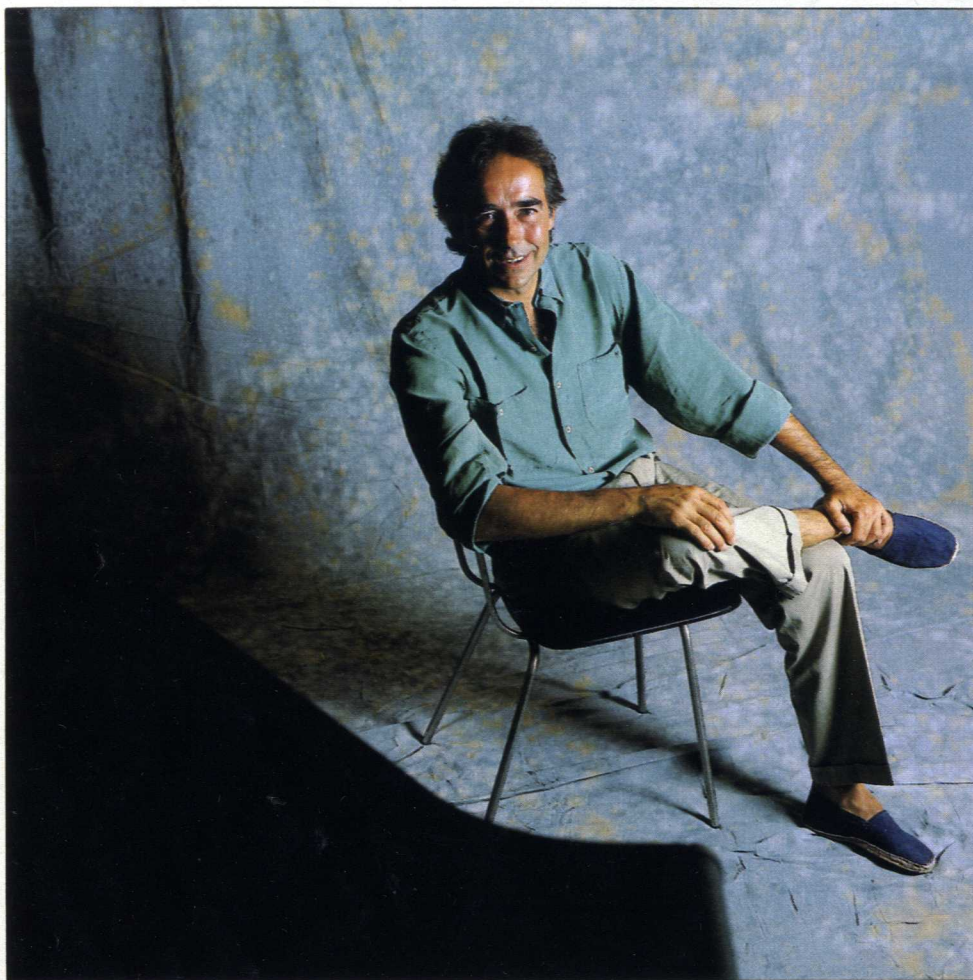
—Sí, en Radioscope, de Salvador Escamilla... Ésa es una época muy bonita, porque se mezcla mucha ilusión y mucha fantasía y no tienes ninguna presión... Pero yo creo que no me tomé verdaderamente en serio lo de la música hasta mi primer concierto en solitario, en abril de 1967, después de mi tercer disco, *Canción de mañana*, que fue el primero de verdadero éxito. Yo creo que fue entonces cuando decidí hacer de la música mi oficio, la manera de buscarme las alubias.

—Antes había sido una pasión, una afición.

—Sí, antes era algo que me permitía acercarme más a las mujeres. O sea, con la guitarra me acercaba más. A veces cuando me pregunta que por qué me dedico a cantar siempre he dicho que una de las cosas que más me condicionaron fue...

—...Que ligaba más.

—Sí, que pude tocarles el/PASA A PAG. 24



VIENE DE PÁG. 23/culo a las chicas, y cuando la gente se escandalizaba siempre digo que no entiendo por qué, porque cuando un tío es alto, rubio, guapo, fuerte, con coche, pues nadie le dice que eso le va bien y que lo use. Y yo lo usaba, yo usaba las canciones, usaba *Dónde estás ahora* y *Cuñataí*, y *Contigo en la distancia*, y funcionaba.

—Sí, recuerdo que había unos que empleaban el truco de la guitarra, y otros que escribían poemas en las servilletas de papel de los bares.

—Pero éstos eran más profundos, los de los poemas en las servilletas siempre han ido más allá, aunque a veces sus éxitos hayan sido más cortos.

—¿Y usted no escribía poemas?

—No, no. Yo no empecé a escribir poesía más que cuando comencé a hacer la letra de mis canciones. Y esto tiene una razón muy fácil, y era mi ignorancia. Yo no descubrí la poesía hasta que no tuve 20 años. Hasta entonces mi cultura literaria había sido muy escasa. Mientras estudiaba para perito agrónomo yo leía muy poco, y sólo comencé a leer cuando fui a la Universidad Central a hacer Biológicas.

—Lo que sí que le gustó desde chiquitito fue la radio, y la zarzuela, y se compraba los cancioneros de a peseta...

—Cuando pasaba con mi abuela por la calle del Conde Asalto, que ella vivía allí, había un barquillero en la esquina y al lado uno que vendía cancioneros. Y la abuela siempre me decía: “¿Qué vols?” (“¿Qué quieres?”). Y yo siempre decía: “El cancionero”.

“No t’enten, fil meu, no t’enten, fil meu” (“No te entiendo, hijo mío”), siempre decía mi abuela, porque ella, claro, pasaría tanto hambre la mujer que pensaba que el papel se digería muy mal...

—O sea, que ya desde chiquitito quería ser artista...

—No, no, quería ser cura como casi todos los niños. Yo me educé en los escolapios, y el proselitismo de los colegios de curas era tremendo. Y yo instalaba altares provisionales, y consagraba pedazos de pan, y me bebía el vino de mi padre, todo esto con ocho o nueve años, y lo hacía totalmente en serio. Quería ser misionero, como corresponde. Pero luego mi agnosticismo apareció muy rápidamente. Calculo que me confesé por última vez con 14 años.

—Y dígame, de muchacho, ¿era usted de verdad tan golfo como dicen? Todo eso de ir a los billares, y las chicas...

—Sí, sí, los billares, y los futbolines, y las máquinas del millón, cuando aparecieron.

—Pero era una golfería muy inocente.

—Sí, mucho. Eso sí, era un mundo de alguna manera muy machista, un mundo en el que había que estar demostrando continuamente que uno era muy valiente y demás. Y esto pasaba por historias tan terribles como... Como bajar a las alcantarillas y ver cuántas horas aguantabas ahí abajo, y hasta dónde llegabas. Y entonces, si ibas con alguno que tenía miedo, pues eras verdaderamente cruel en tu comportamiento, aquél iba listo, el pobre. Era un mundo bastante macho, pero en conjunto, como dices, muy inocente. Cuando robabas, robabas una tira de cuentas de la cortina de la tienda para hacer proyectiles para la pistola que tenías, que era de esas de ganchos. O asaltabas el camión del hielo. En fin, que cuando ahora lo piensas, te dices, joé, vaya estupidez.

—¿Y se arrugó usted alguna vez en esas pruebas de valor masculino?

—Sí, algunas veces, pero... Lo que pasa es que yo tenía un hermano mayor que me obligaba a responder y me venía muy bien, era como alguien que te cortaba el viento...

—Ya sé que la familia siempre ha sido para usted algo muy importante.

—Nos hemos llevado muy bien. Y no es que yo haya mitificado a mi familia por ser mi familia, sino que sencillamente yo no he encontrado a nadie en la vida mejor que mi familia. No he encontrado a un hombre que se haya portado conmigo más generosamente que mi padre, ni a una mujer que lo haya dado todo por nosotros como mi madre.

—Supongo que vivir en un barrio pobre en unos años difíciles fomenta esa unidad familiar como medio defensivo.

—Sin duda alguna, porque este fenómeno de la unidad familiar se ha manifestado mucho más en épocas duras que en épocas de bienestar. Cuando en los años cincuenta seguía llegando a Barcelona gente de mi familia de Aragón, y no tenían casa, pues hubo un momento en que mi casa, que debía de tener cincuenta y tantos metros cuadrados, pues vivíamos 14 personas. Y vivíamos, y no había hacinamiento, lo que sí había era mucho trabajo para montar y desmontar el tinglado, porque, claro, lo que era el comedor por el día se convertía en dormitorio por las noches. Y yo recuer-

do una casa llena de risas, no diré llena de felicidad, pero sí con una alegría que se comía todas las miserias que nos caían encima.

—Se diría que sigue usted dándole mucha importancia a mante-/PASA A PÁG. 26

ENTREVISTA

“No es que yo haya mitificado a mi familia por serlo, sino que sencillamente yo no he encontrado a nadie en la vida mejor que mi familia”

El exilio y las bombas

El otro gran escándalo de la vida de Serrat sucedió en 1975, cuando las últimas ejecuciones de Franco le pillaron en mitad de una gira por Latinoamérica:

—Yo estaba en La Habana, y allí me enteré que les habían matado, y al día siguiente tenía que ir a México. Automáticamente se decreta una prohibición de entrada en México de todos los españoles, pero yo recibí un telegrama de la Presidencia de Gobierno mexicano diciendo que a mí me dejaban entrar. Y entonces yo me

dije, ¿qué hago? ¿Voy a México y se me viene encima toda la prensa? ¿No voy y entonces parece que me estoy solidarizando con los españoles y, por tanto, dando carta de normalidad a las ejecuciones? Y me pasé toda la noche sin poder dormir, con una amiga mía. Entre Sandra y yo nos preparamos todas las preguntas que podrían plantearme, de modo que nunca podré decir que mis declaraciones eran impulsivas. Y llamé a casa y dije: "Algún día nos veremos". Porque sabía lo que iba a suceder.

Y lo que sucedió es que fue a México, y contestó a los periodistas, y criticó las ejecuciones. Y se quedó exiliado en ese país, mientras en España era procesado por

injurias al jefe del Estado. El exilio sólo duró 11 meses, "porque yo siempre he tenido suerte y el general murió dos meses más tarde", y en ese tiempo le pusieron varias bombas, en México y en Buenos Aires, "porque el fascio funcionaba fuera también". Pero al fin regresó a España en agosto de 1976:

—Y los primeros días tuve que andar de casa en casa, porque había unos grupos paramilitares que te iban persiguiendo y entonces te tenían que cambiar de casa para que no te cascaran por la calle. Y eso a mí me costó casarme, porque en una de esas casas conocí a Candela.

VIENE DE PÁG. 24/ner un núcleo fuerte familiar. Lleva usted casado unos 15 años, y eso en su medio tampoco es muy normal.

—No, no lo es. Pero tampoco es fácil.

—Claro que no. Por eso digo que le importa el núcleo familiar y que pone su voluntad en mantenerlo.

—Evidentemente, tienes que poner voluntad, la estabilidad no te sale así como por carambola. Por muy estable que sea tu relación, siempre surgen tensiones por una parte o por la otra. Es muy difícil vivir a dos, y a tres, y a cuatro (tiene dos hijas de su actual pareja). Es complicado. Pero tú escoges.

Hablar con Joan Manuel Serrat resulta muy fácil, incluso demasiado: la entrevista pierde esa tensión quizá necesaria entre las preguntas y las respuestas, y una se deja llevar placenteramente por la conversación grata y menuda. Sonríe Serrat arrugando la nariz con cara de pillo, o bien se pasa la mitad de la entrevista mirando ruborosa y tímidamente para otro lado, dos gestos un poco sorprendentes para sus ya cumplidos 48 años y que, sin embargo, no le quedan del todo mal. Quiero decir que es una estrella, y que, como luego dirá, disfruta cuando su público le quiere. Pero por encima de esa faceta de artista popular (de *tonadillero*, como le llamaban los amigos; o casi de *folclórico*, como me apuntó un conocido suyo) está su registro íntimo y doméstico. Y es que a los cinco minutos de haber conocido a Serrat ya estás convencida de que, más que un amigo, el tipo ése es tu hermano, tu cuñado o tu primo. Es el caso más claro de seducción familiar que he conocido.

—Decía usted que cuando comenzaba, en el Radioscope, carecía de presiones y era feliz. Después, para mantenerse durante 27 años, supongo que habrá que sufrir bastante por la presión del éxito.

—Sí, sí... Aun que no sé si es la presión del

éxito o... Son muchas cosas, a veces también el orgullo por mejorar en lo que haces. Lo que sucede es que en una primera época yo era mucho más libre en todos los aspectos. El no tener es una sensación maravillosa que... de sólo recordarla babeo. Porque cuando no tienes es cuando estás más cerca de la felicidad. Así es que eso fue al principio. Pero luego he pasado una temporada muy larga de sufrir bastante. Yo diría que hasta hace unos 10 años yo sufría mucho tocando, y cada vez que tenía que subirme a un escenario era pasar un mal rato, me encontraba fatal, acababa con las uñas clavadas en las manos, agarrado... Hasta que un día decidí que aquello de sufrir se había acabado y que me iba a divertir tocando, que ya estaba bien. Y seguramente si yo sigo en activo en estos momentos es porque hace 10 u 11 años decidí divertirme, porque si no, no lo hubiera aguantado, hubiera acabado mal.

—¿Y por qué lo pasaba tan mal?

—Pues supongo que influyeron muchas cosas. El aprendizaje del oficio fue duro, porque enseñada me vino la historia aquella de la Eurovisión, y después de aquello el tener que subir al escenario cada día me obligó a echarle muchos huevos, mucho coraje al asunto.

Se refiere Serrat al gran escándalo de 1968, cuando fue seleccionado para representar a España en Eurovisión cantando el *La, la, la* y, pocos días antes del festival, anunció que o cantaba en catalán o no iba. Fue sustituido por Massiel, que ganó, y él se convirtió en un apestado: hasta 1981, por ejemplo, permaneció vetado en TVE.

—Y es que era muy difícil subirme cada día al escenario y oírte decir de todo, no por todo el mundo, pero sí había una parte del público que sólo iba para acordarse de tus muertos. Y eso era cada día, cada día, y tu tenías que pelear cada día para no venirse abajo. Eso sí, debo agradecerles que me obligaran a tener una agilidad mental en el escenario que luego me fue muy útil. Tenías que contestarles para no hundirte, porque aquello era brutal. Recuerdo la primera vez que tuve que actuar tras el escándalo, debió de ser como un mes después de lo de Eurovisión, en el teatro Campoamor de Gijón...

—Iría usted con un *paquete*...

—Iba con un saco de *dodotis*. Pero siempre he preferido pasar miedo a pasar vergüenza. Y recuerdo que aquel día hubo un lío tremendo, dieron una mano de palos que todo el gallinero caía rodando, no sé si eran los de a favor o los de en contra... Pero era subir al escenario y cada día alguien se metía contigo. Y cuando cantabas algo en catalán era tener que cantar con una silbatina entera. Fue muy duro y duró muchos años.

—Por el otro lado, tengo entendido que cuando aceptó cantar en castellano el *La, la, la* hubo compañeros de la *nova cançó* que quisieron pegarle.

—No, a las manos no he llegado nunca.

—Pero que venían dispuestos a pegarle. Que se cabrearon tanto porque iba a cantar en castellano para Eurovisión que quisieron atizarle.

—Pues no sé, porque esos que se cabrearon tanto, antes, cuando yo cantaba solamente en catalán, no sólo no me ayudaron nunca, no sólo jamás me echaron una mano, sino que siempre de alguna manera yo era la Cenicienta y fui tratado como la Cenicienta. Y luego, cuando me designaron para cantar en Eurovisión, no tenían ningún motivo para sentirse indignados porque cantara en castellano, porque yo ya había grabado dos discos en castellano. En fin, fantasmas los ha habido en todos los ámbitos, pero en esto de la *cançó*, los había ya hasta con plumero...

—Dicen que su repentina decisión de ir a Eurovisión sólo si cantaba en catalán fue forzada por esa actitud de los de la *nova cançó*. Que le hicieron la vida tan imposible que por eso decidió no cantar el *La, la, la* en castellano.

—Es cierto que hicieron lo posible por joderme la vida, y sobre todo mintieron mucho, mintieron cuando argumentaban cuestiones idiomáticas, cuando en el fondo sólo había cuestiones de competencia artística. Y ésta/PASA A PÁG. 28

ENTREVISTA

"Hasta hace unos 10 años yo sufría mucho tocando. Pero un día decidí que aquello se había acabado y que me iba a divertir, que ya estaba bien"

VIENE DE PÁG. 26/fue su más grande mentira, pero la verdad es que de todos ellos ahora solamente hay uno que sobreviva. Pero en cuanto a lo que dices de que fue por ellos por los que yo cambié de opinión, pues no, eso no es verdad, no fue así. Yo modifiqué mi criterio no por un problema interno con los compañeros de la *nova cançó* sino... Bueno, primero había que aclarar que en realidad no existe una modificación de criterio.

—¿Ah, no?

—No, porque cuando se me designó para cantar el *La, la, la* nosotros ya habíamos hecho una versión en catalán y ya se le planteó a Rosón (director general de RTVE en aquel entonces) la posibilidad de cantar en catalán. Y la cosa siguió creciendo y creciendo, yo seguía haciendo la gira de promoción por toda Europa, y llegamos a Frankfurt, y ya habíamos grabado la canción en catalán en Hamburgo. Y en Frankfurt comí con Rosón y le dije: "Mire, yo estoy muy preocupado, quiero aclarar una cosa, tengo mucha presión..." Y la presión que yo tenía era la de la gente, no de los compañeros de oficio, porque de esos, los pocos con los que me llevaba bien...

—...Le respetaban.

—Eso es, y con los otros de la *nova cançó* ya hacía mucho que no me hablaba, no me hablaba desde antes, o sea que no me podían presionar. Pero yo la presión la tenía en la calle, me decían: "Qué vas a hacer con esto..." Y empecé a pensar que teníamos que cantarlo en catalán, y que era una buena oportunidad para el régimen, que podrían aceptarlo, porque por entonces estaba empezando cierta apertura lingüística, cuando lo planté no lo hice con la intención de montar un cristo, imagínate las pocas ganas que yo tenía de montar un cristo en aquella época, no era nada cómodo que se armara un escándalo, desde luego. Yo lo que de alguna manera quería era quedarme tranquilo con un planteamiento que me parecía bastante lógico. Y en aquella comida Rosón dijo: "Mire, Serrat, ¿usted, qué quiere ser, un cantante internacional o un cantante provinciano?". Y yo pensé: "Pues qué coño, me parece que me quedo con el provinciano". Y me fui a París y redacté las dos cartas, una para la prensa y otra para Televisión Española. Y lo que lamento, y siempre lo he dicho, fue que alguien hizo que la carta llegara antes a los medios de comunicación que a manos de Rosón, que siempre se había portado muy bien conmigo.

—Déjeme que recapitule la historia a ver si la he entendido: usted es un cantante a comienzos de su carrera profesional...

—Sí, apenas llevaba un año desde mi verdadera profesionalización.

—Y entonces surge lo de Eurovisión, y, en principio, no le parece mal. Pero a medida que va pensando en ello y va avanzando la cosa, va viendo usted que consiste en representar al Estado franquista, y, claro, eso es un paquete considerable, y cada vez se angustia más, hasta que al fin llega a la conclusión de que la única manera de salvar la cara y la dignidad es al menos cantar en catalán.

—Simplificando la historia, sí, es un poco así. Y a esto tienes que añadir que a mí me cae lo de Eurovisión porque designan la canción de Arcusa y La Calva y a ellos les llevaba Lasso de la Vega, mi mismo representante, que es quien me mete a mí en esta historia, de modo que de alguna manera no me niego a ello, pero tampoco es algo que yo he buscado, eso de cantar en Eurovisión. Y a medida que va avanzando el paquete, pues es cada vez más difícil de tragar, y entonces me tuve que buscar los mecanismos para poder hacerlo de la mejor manera posible.

—Fue un conflicto entre lo que podía ser bueno para su carrera y lo que podía ser bueno para su tranquilidad y su conciencia.

—Sí, sí. Y de hecho uno en la vida acepta cosas que después descubre que no son oportunas, y te retiras de ellas, normalmente sin tantos problemas como en aquella ocasión. Porque en aquella ocasión retirarse fue muy complicado. Y la represalia la esperábamos todos, yo no esperaba hacer aquello e irme a mi casa de rositas. Y lo terrible es que quemaban discos en las calles, como autos de fe. Y lo que se llegó a publicar en aquella época... Sólo se permitía publicar sobre mí para ponerme a parir. Se censuraron mis discos en todas las emisoras de radio, los censuraron con celo.

con celo, en Radio Nacional aún hay discos míos censurados así, les pegas un celo, luego lo arrancas y ya no puedes escuchar el disco nunca más, porque el pegamento se ha quedado metido en los surcos. Y otros discos fueron rayados con un punzón.

—Pese al boicoteo, usted continuó su carrera, fue a América, se hizo una gran estrella internacional y ganó mucho dinero. En 1976, cuando regresó de sus 11 meses de exilio en México, puso usted durante algún tiempo un precio límite a sus conciertos: un máximo de 400 pesetas por entrada, lo cual le obligaba a cobrar menos. ¿Le daba el dinero cierta mala conciencia?

—A mí el dinero lo que me ha dado es mucha libertad. Porque la libertad sin libertad económica es una falacia absoluta. El dinero me ha permitido, entre otras cosas, la tranquilidad de los míos. El único problema que tiene el dinero es que te modifique, que te vaya envolviendo y que al final sea el dinero el que te tiene a ti, y no tu al dinero.

—Con sus primeras ganancias compró usted una casa para su familia y retiró del trabajo a su padre...

—Sí, ésa es una de las tonterías más grandes que he hecho en mi vida, y que salió bien de puro milagro, lo de retirar a mi padre.

—Porque cuando lo hizo tenía usted dos duros...

—No dos duros, pero cinco millones de pesetas. Y valoré mi activo como si fuera patrimonio y dije: "Padre, no te preocupes, con lo que yo gano vivimos todos estupendamente". Y a mi padre le faltaron cinco minutos para ir a la Catalana de Gas y decir: "Chss, mi hijo me retira", él todo orgulloso. Y a veces a los largo de la vida he pensado que a mí me podría haber pasado cualquier cosa, y se hubiera quedado tirado... Fíjate la fe que tenía mi padre en mí.

—Y hablando de fe, ¿no le asusta haberse convertido en una especie de santón de la democracia en Latinoamérica? Actuar en 1990 en Chile ante 200.000 personas para las que eres un mito político, ¿no resulta inquietante?

—Para mí no, para mí es muy agradable, cantar allí, ante esas 200.000 personas, no es la consagración de un artista, sino tan solo la punta de un iceberg de toda una cantidad de amor que hay allí debajo. Si en Latinoamérica hay una referencia política mía es porque me integré en un momento dado en la vida política de esos países y tomé partido en momentos en que otros compañeros no lo tomaron. Y el trabajo de la clandestinidad, del exilio, todo eso se sabe, las cosas no son casualidades, las gentes te quieren porque saben que has estado con ellos.

—¿Pero no cree que, en estos fenómenos de masas, esas gentes no le quieren a usted, sino a un personaje público inventado que en realidad no es usted?

—Sí, seguro, eso es verdad, y es peligroso, porque entras en una aureola de leyenda que es totalmente falsa, en la que uno difícilmente se puede mantener. Pero todos estos son los riesgos que conllevan tus actividades y tu trabajo, y no por ello tengo que renunciar a todo lo que he hecho antes. No sé, yo siempre recordaré el primer viaje a Chile. Una de las sensaciones más emocionantes de mi vida fue que aquel día iba andando desde el Ministerio de Educación hacia la Vicaría de la Solidaridad, en donde tenía que verme con unas gentes. Y todo el camino lo hice a pie, y la gente se paraba en la calle, se detenía y me aplaudía. Y esto... mira, te mueres, te pone la piel de gallina. Porque no se acercan, no te hablan, no quieren un autógrafo, ni un botón, ni una palabra, nada... Sólo te miraban, se reían y me aplaudían. Ésa es la primera y la única vez que me ha ocurrido algo así en mi vida, y es la sensación más agradecida que puedes tener y también... la más angustiosa. Porque ahí sí que te asustas, por lo enorme de las expectativas. Pero yo creo que la realidad ya se encargará de poner las cosas en su sitio y de defraudar las expectativas exageradas. ■

ENTREVISTA

"Sólo se permitía

publicar sobre mí

para ponerme a parir.

Se censuraron mis

discos en todas las

emisoras de radio, los

censuraron con celo"